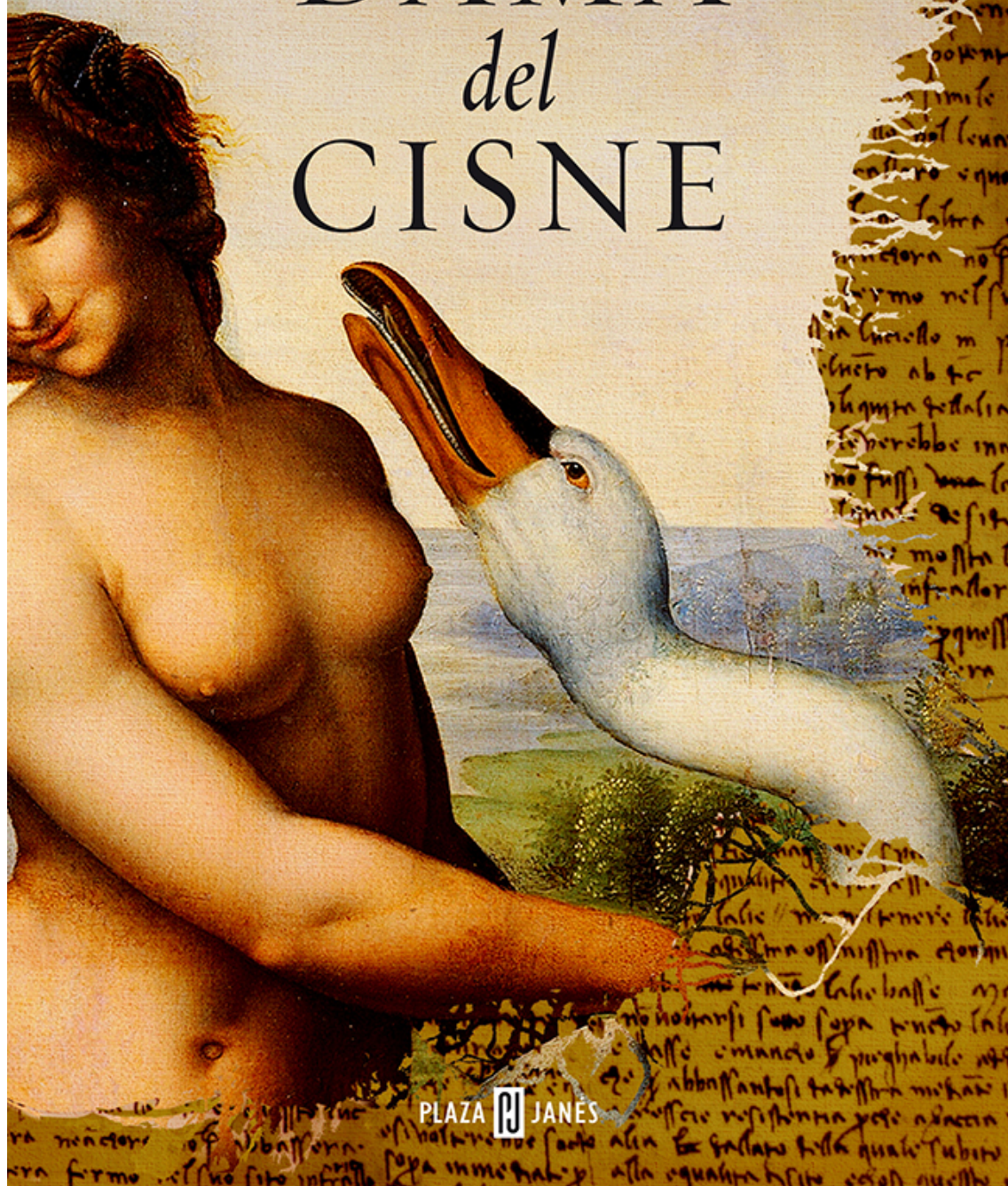


CARMEN TORRES RIPA

La
DAMA
del
CISNE



CARMEN TORRES RIPA

LA DAMA
DEL CISNE

El hombre alto y fuerte pidió al taxista que le llevara al aeropuerto Charles de Gaulle para coger el último avión a Londres. Cuando llegó al hotel Corinthia, cerca del embarcadero, en Northumberland Avenue, eran las doce de la noche. Cogió de la nevera una botella de agua mineral, se dio una ducha y se quedó dormido.

Despertó tarde, había pasado la hora del desayuno. Salió de la habitación vestido con una gabardina y un sombrero liviano para no mojarse, y en la puerta del hotel, al bajar los escalones de la entrada, una oleada de hojas secas impactó en su cara. Amarillas, marrones, rojas y ocres. Bailaban en el aire y parecía que se resistieran a caer definitivamente al suelo. Pisó algunas con tristeza, al compás de la música que producían las que aplastaban por la calle los transeúntes. Hacía viento, y una fina lluvia salpicaba en su pelo, dejando gotas diseminadas sin orden.

Caminó unos cientos de metros y se encontró con el típico pub inglés. Curiosamente, se llamaba Sherlock Holmes. Pidió un café, y mientras le servían, echó un vistazo a los objetos que le rodeaban, memoria viva del famoso detective británico: libros, un monóculo, relojes, la figura de un perro, películas...

«Qué inglés», pensó.

Siempre que entraba en un pub a esas horas de la mañana le entristecía no tomarse una cerveza. Poder elegir entre tantas marcas y texturas para una sola bebida suponía un gran placer. Le llamó la atención la camarera. Era muy joven y llevaba unos pantalones cortísimos con unas medias negras y un delantal que dejaba abierta cualquier puerta a la imaginación. El café amargo ayudó a despejarle.

Al salir del pub, cogió un taxi para ir a la National Gallery. Su nerviosismo era tal que no se percató de que ya habían llegado hasta que el taxista le dijo:

—Son ocho libras.

—Disculpe, estaba distraído.

Cuando bajó del coche ya no llovía. Delante del museo había una larga cola de gente esperando para entrar. Afortunadamente, había comprado el tiquet por internet. El corazón empezó a palparle muy fuerte cuando vio un cartel gigante de *La bella fornarina* que anunciaba la exposición. Intentó serenarse y se sentó en un banco de piedra de Trafalgar Square debajo de un monumento cuyo pedestal sostenía un barco dentro de una botella. Se aflojó la bufanda y tosió; se sentía algo avergonzado. La emoción le impidió moverse del sitio. Pero cuando consultó el reloj decidió levantarse. A las doce era su turno de entrada. Sólo podían pasar sesenta personas cada media hora. La exposición «Leonardo da Vinci: pintor de la corte de Milán» se había montado en un anexo de la National Gallery, a la izquierda del gran edificio.

A medida que bajaba las escaleras que conducían a la exposición, sentía un agobio cada vez más intenso. Le costaba respirar. *La bella fornarina* volvía a aparecer ante él, esta vez ampliada con *La dama del armiño* al mismo tamaño. Estuvo unos segundos, que le parecieron eternos, mirando sucesivamente a los ojos de aquellas dos mujeres.

La luz de las salas contiguas creaba, con gran acierto, una atmósfera de misterio y recogimiento. Tuvo la impresión de que entraba en un santuario. Estaban expuestas nueve obras de las quince conocidas que Leonardo había pintado. Cinco años fue el tiempo que tardaron en preparar la exposición, y se habían gastado millones de libras esterlinas en seguros. Varios museos en todo el mundo habían cedido temporalmente sus obras. Y vio las pinturas, como si resucitaran. *El músico*, *La bella principessa*, *La dama del armiño*, *La Virgen de las Rocas* (la versión expuesta en el Louvre y la del museo londinense, de colores más vivos, recientemente restaurada), dibujos preparatorios para las manos y las garras del armiño, estudios de músculos... Apenas podía ir de un cuadro a otro. Le pesaban las piernas terriblemente y le faltaba el aire para respirar. «Hace calor, mucho calor», pensó. Y justo cuando se encontró delante de *El Salvador del mundo*, sintió un

pinchazo en el corazón. El cuadro estaba mal colocado. Demasiado bajo. La nariz parecía más larga debido a la cercanía con el observador. Aquel cuadro se había pintado para estar situado en una posición más elevada. Y allí estaba, en la mano del Salvador, la bola de cristal. La bola que contenía un secreto. Nunca antes había podido contemplar el lienzo en persona. Sin duda, ésa era la razón de su presencia allí, en ese momento; para ver aquel cuadro nuboso.

—Todas las obras de arte, para ser perfectas, deben tener algún pequeño defecto.

Lo dijo en alto, sin darse cuenta de la cantidad de gente que le rodeaba. Los que no llevaban auriculares se volvieron, pero no le entendieron, y continuaron concentrados en el cuadro.

—Sé que me estaba esperando.

Y después de decir esta frase, sufrió un desmayo.

Maurice Rémy se había fijado desde el primer momento en aquel hombre, casi sin pretenderlo. Había entrado en el museo a la misma hora que él, a las doce. Era un caballero alto, rubio, de complexión fuerte pero armoniosa, y se fijó en que estaba en trance delante del cuadro. Maurice había hecho, como él, un recorrido de cortesía para ir directo a su cuadro, *El Salvador del mundo*, que ocupaba el centro de una de las salas. Le emocionaba aquel Jesús. La ternura y la tristeza de su mirada, la niebla que envolvía la figura y aquella misteriosa bola de cristal transparente que no sabía qué significaba. A pesar de haber mucha gente observando la obra, reinaba un silencio respetuoso, sólo interrumpido por leves murmullos y susurros de admiración. El hombre estaba como hipnotizado, con las manos cogidas a la espalda. Maurice no tuvo tiempo de reaccionar, porque al instante cayó al suelo desplomado, sin conocimiento, justo delante de él. Se agachó y trató de reanimarlo; una joven vestida de cuero negro, con un *piercing* en la nariz, se prestó a ayudarlo.

—Vamos a sacarlo fuera —dijo ella, y después le susurró al oído—: Por favor, diga que se ha desmayado y tranquilice a la gente.

—Me temo que es algo más que un desvanecimiento —contestó Maurice en el mismo tono.

Aun así, hizo lo que le pedía, sin saber por qué, ya que a su juicio era más oportuno llamar a una ambulancia. Pesaba mucho, pero la joven, que a Maurice le pareció que tenía un hermoso rostro, lo levantó con soltura y con una naturalidad extraña, como si se hubiera tratado de un simple mareo, lo sujetó por el hombro y entre los dos lo sacaron de la exposición y lo condujeron hasta la salida del museo. Fuera, Maurice pensaba que el hombre se iba a reanimar, pero seguía inconsciente.

—Vamos a pedir un taxi.

Maurice siguió obedeciendo y vio que la joven buscaba algo en los bolsillos del otro.

—Al hotel Corinthia —dijo ella después de colocar al caballero en el asiento de atrás—. He encontrado la llave de su habitación en la chaqueta —explicó.

Maurice le tomó la muñeca al hombre y se sobresaltó. No tenía pulso. Acercó instintivamente la cabeza a su pecho y sintió que el corazón no latía.

—Está muerto —exclamó asustado—. Deberíamos llevarle a un hospital, avisar a la policía.

—Silencio —respondió ella, poniendo un dedo en su boca—. No se preocupe por él. Yo le atenderé, es un amigo de mi padre y habíamos quedado en encontrarnos en la exposición. A veces le ocurren estas cosas. Yo le acompañaré a su hotel. Dígame dónde vive usted y de camino le acercaremos en el taxi.

—Nada de eso. Yo también iré hasta el hotel. Además, creo que

no me ha oído bien. Este hombre está muerto. No sé qué cosas suelen ocurrirle, según usted, pero esto no es una lipotimia sino algo mucho peor. Como no avisemos ahora mismo a la policía, vamos a meternos en un buen lío.

Todos sus esfuerzos fueron en vano; la joven no atendía a razones, parecía extrañamente segura de lo que estaba haciendo. Dentro del taxi, Maurice miró detenidamente al hombre, que seguía sin dar muestras de vida. Tenía unas facciones delicadas, un rostro anguloso y varonil. Vestía con gran elegancia y los zapatos estaban muy limpios y lustrosos.

Al llegar al hotel, un portero con librea les ayudó a abrir la puerta del taxi. Haciendo gala de la discreción inglesa, les condujo sin grandes comentarios hasta el ascensor que comunicaba el vestíbulo con la suite.

—Le encanta el lujo —dijo la joven para sí.

El educado portero preguntó si querían algo. Se ofreció a llamar al médico, pero la muchacha insistió en que no era necesario.

—Suele ocurrirle a menudo —repitió de nuevo, tranquilizadora—. Pronto volverá en sí.

El portero aceptó su explicación, y después de retirar con gran diligencia —muy inglesa, también— la colcha de seda lila y de colocar al caballero encima de la cama, salió de la habitación repitiendo que el hotel estaba a su disposición. Cuando cerró la puerta, Maurice sacó un pañuelo y se secó la frente. Sudaba a mares, y no por el esfuerzo, que increíblemente lo había hecho la chica, sino por el susto que tenía en el cuerpo.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Usted, marcharse a su casa.

—Estoy en Londres de paso. Me alojo en el hotel Berkeley, en la Wilton Place, en Knightsbridge.

—Es lo mismo. Márchese para no complicar más la situación.

—Lo siento, pero ya estoy implicado. Este señor se desplomó delante de mi cuadro.

Nada más decirlo, Maurice sintió que había metido la pata.

—¿Pretende decirme que *El Salvador del mundo* es suyo?

Maurice dudó ante su inesperada sinceridad.

—Sí, y dada la situación tan extraña que estoy viviendo, no creo que necesite guardar ningún secreto.

La joven se levantó y sacó un paquete de tabaco de su bolso. Encendió un cigarrillo y ofreció el paquete a Maurice.

—Me temo que este hotel no permite fumar en las habitaciones.

—Me da igual —respondió la joven, y sin sentarse, insistió en que Maurice se fuera—: Se lo ruego, olvide el incidente y márchese, será mucho mejor para todos.

—Pero ¿cómo piensa que voy a irme dejándola sola en un hotel de Londres con un cadáver en la habitación? —dijo Maurice con voz que denotaba tanto enfado como preocupación—. Alguien que, además, ha muerto en la National Gallery, de donde no tendría que haber salido bajo ningún concepto.

—Se lo ruego. Gracias por su ayuda, y adiós —dijo ella acercándose a la puerta para abrirla.

—Lo siento. No voy a moverme de aquí —insistió Maurice.

La chica se quitó la cazadora de cuero con evidente fastidio. Frunció el ceño disgustada y miró el reloj.

—Es tarde —comentó con desazón.

—¿Tarde para qué? —preguntó Maurice.

—Para vivir —respondió tajante—. Siéntese, ya que se empeña en quedarse. Usted parece un hombre decente. Aprecia el arte.

Y en ese momento, lo que realmente cambió fue la vida de Maurice.

Aquel dormitorio estaba separado del salón formando dos espacios acogedores. Junto a la ventana, una mesa con ordenador y dos butacas, una a cada lado. En el centro, una mesita redonda baja y un sofá con tres butacas de color amarillo oscuro y con cojines de seda violeta. El baño era espacioso, casi tan grande como la habitación de descanso. Maurice intentaba calmar su impaciencia fumando un cigarrillo de los que le había ofrecido la joven. Le disgustaba que se prolongara una situación incómoda que había que solucionar sin dilación. El forense, el notario... Un lío fenomenal. Maurice miró a la chica asustado. Era la más guapa que había visto nunca. Necesitaba aire. La joven clavó los ojos en Maurice por primera vez con una mezcla de sorpresa y compasión. Le pidió que se quedara sentado en la butaca del saloncito.

—Le ruego que no me pregunte nada. Le ruego que no se mueva de aquí y que, por favor, tenga calma.

Le puso la mano en el hombro y la retuvo allí más tiempo de lo normal. Maurice la miró. Debajo de la camiseta prieta se adivinaba un cuerpo precioso, y sus ojos eran de tal belleza que se quedó como un demente atrapado en su iris, olvidando por un momento la delicada situación que estaba viviendo. Cuando apoyó el cigarrillo en el cenicero, la joven cerró la puerta que comunicaba con la habitación y le dejó solo. Envuelto en una nube de ensoñación, Maurice vio la figura de la joven deshacerse detrás de la puerta. Sintió que su reflejo, como una imagen etérea, le invadía, ocupando hasta el último rincón de su cuerpo. Se deslizaba por los ojos, se recostaba en la memoria y, lentamente, se apropiaba de sus miembros. Era como si un brujo le hubiera

rociado con polvos mágicos. Mientras notaba cómo se le cerraban los ojos, su voluntad iba recibiendo aquel extraño manantial de vida que le ahogaba en su belleza. Aquella chica se había adueñado de Maurice, había roto el latido acompasado de su corazón. No sentía que estuviera cometiendo un delito al encubrir un suceso extraño que detenía el reloj del tiempo. Ni tampoco que estuviera en un lugar donde no debía estar. Lo único que sintió fue una inmensa paz que avanzaba por sus sentidos y se apoderaba de su conciencia. Después fue incapaz de recordar nada de lo que había ocurrido. Se despertó cuando oyó el ruido de una cucharilla de café removiendo el azúcar.

—Me he permitido pedir café para los tres —dijo la joven.

Maurice se sobresaltó y tomó estupefacto la taza que en ese momento le ofrecía sonriente el caballero.

—Gracias por su ayuda. —Tomó la mano de la chica con naturalidad, mirándola—. Ella me ha dicho que fue muy amable al acompañarla hasta el hotel. Como ya le ha comentado, he sufrido uno de mis desvanecimientos.

—Pero... yo... le vi... —balbuceó Maurice.

—Sí. Cuando me ocurre, suelo perder hasta el pulso. Bueno, ya pasó.

—No, no me basta con eso —repuso Maurice, rotundo; había recobrado el aplomo—. Tampoco le latía el corazón. Tendrán que explicarme qué ha pasado. Nada de esto tiene sentido.

—Es más difícil explicarlo que aceptarlo —adujo el otro con aire pensativo—. Creo que está usted de paso en Londres y que también se aloja en un hotel. ¿Dónde vive?

—En París —contestó molesto—. Pensaba irme en el avión de... Dios mío, me quedan cuatro horas para llegar al aeropuerto.

—No se preocupe —intervino la joven—, ahora pediremos un

taxi para que le lleve a su hotel y le espere; tiene tiempo de coger el vuelo.

—Pero... me gustaría... —protestó Maurice.

La verdad es que no sabía muy bien lo que le gustaría; eso sí, tenía claro que no quería irse sin más de aquella habitación. Algo extraordinario había sucedido delante de sus narices y, en cierto modo, con su participación. Deseaba saberlo, hasta el más ínfimo detalle.

El hombre, que impresionaba por su altura y su porte, le miró con preocupación cariñosa y le ofreció más café, que Maurice rehusó.

Le apretó la mano y le dio un abrazo afectuoso.

—Gracias, de nuevo. Sin su ayuda, ahora yo no estaría aquí.

Maurice reprodujo en su mente el rostro de aquella mujer sin nombre. Su cara, sus ojos, la silueta perfecta de su cuerpo, sus delicadas manos, su piel. Nunca se había fijado en tantos detalles a la vez. Sonrió al recordarla. Pero la cordura volvió y todo le pareció tan extraño como irreal.

Mientras llegaba al aeropuerto, Maurice pensó que debía de haber dejado *El Salvador del mundo* en su casa. Era un coleccionista de arte. Prestar el cuadro le había costado un gran esfuerzo. Como no le gustaba hacer alarde de su posición, inventó la existencia de una sociedad como propietaria de la pintura y reveló que los accionistas no estaban de acuerdo con su exhibición, y su temor de que en los trámites para la cesión los expertos acabaran dictaminando que el cuadro no era una obra auténtica de Leonardo. Al fin, las filtraciones de los restauradores de *El Salvador del mundo* habían impedido que el óleo no saliera a la luz. Fue un amigo de Maurice, experto en el Renacimiento, quien le aconsejó que solicitara un peritaje de la obra.

El Salvador del mundo hipnotizaba a quien lo miraba. No le cabía

ninguna duda de que sus ojos habían provocado la muerte del peculiar caballero, porque había muerto. De eso estaba seguro; tan seguro como que se llamaba Maurice Rémy. Cerró los ojos. Contaban historias raras relativas a que, en algunas ocasiones, habían llegado a enterrar a personas vivas que habían sufrido un extraño paro cardíaco. Quiso pensar en esa posibilidad, pero no conseguía tranquilizarse.

«Parece un Leonardo», le dijo uno de los primeros observadores. «Sin duda es su estilo», aventuró otro. Aseguraron que la mirada era bellísima y que el efecto *sfumato*, que envuelve la figura en un aura sagrada, era leonardino. Sin embargo, la nariz y uno de los brazos eran demasiado largos para que pareciera suyo. Un detalle muy singular en la siempre perfecta obra del artista florentino.

Después, los estudios siguieron avanzando, cada vez más minuciosos, y al fin se encontraron las huellas dactilares de Leonardo. Fue Carla, la amante de Maurice en esa época, una restauradora del Museo de Orsay de París, quien le aconsejó cederlo a la National Gallery para la exposición. «Si lo escondes, es peor —le había dicho—. Creo que el descubrimiento de este cuadro puede animar a que otros coleccionistas enseñen sus riquezas ocultas.» De hecho, hasta la reina de Inglaterra había cedido dibujos de Leonardo da Vinci que guardaba en sus colecciones privadas.

Maurice Rémy, mientras estudiaba un máster de arte del Renacimiento en la Sorbona, buscó un apartamento acorde con su situación. Quería que fuese luminoso. No demasiado grande. Lujoso pero sin ser ostentoso, y céntrico. Dio con lo que deseaba en la place du Palais-Royal, frente al Louvre. Un ático decorado por un arquitecto que se iba de París para trabajar en Sidney. Maurice lo encontró a su gusto. Cambió lo justo para adaptarlo a sus necesidades y se dejó llevar por el cosmopolita barullo de la ciudad donde su abuelo quiso vivir y que su padre adoptó como propia. Pronto le faltaron paredes para sus nuevas adquisiciones, pero felizmente compró un piso mucho más espacioso donde dispuso sus cuadros recién adquiridos, adoptando las medidas de

seguridad oportunas.

Maurice podía enamorar a cualquier mujer joven o madura. Sus ojos grises penetrantes y las pestañas largas le daban un aire soñador. El pelo, rubio oscuro, no muy largo, le caía siempre a un lado de la frente, aunque se peinara hacia atrás continuamente. Quizá era parte de su atractivo, despreocupado y exquisito. Tenía una sonrisa ladeada muy seductora. Apasionado por la ropa, vestía con elegancia y un descuido deliberado, con ligeros toques bohemios pero siempre manteniendo el buen gusto. Contaba con una empleada cualificada que limpiaba la casa y planchaba sus trajes. Nunca llevaba una arruga, ni había en su atuendo un detalle fuera de lugar. Cerraba con gemelos los puños de las camisas, hechas a medida. Su colonia era una exquisita mezcla de aroma de naranja con un toque suave de madera. Maurice era alto, delgado y fuerte gracias a sus numerosas aficiones deportivas. En primavera y verano jugaba al tenis y, según la temporada, navegaba, nadaba y practicaba el submarinismo. Participaba del ambiente sofisticado de la Costa Azul, pero no buscaba el glamour, ni estar en primera fila; siempre que podía, evitaba las fotos de los paparazzi, deseosos de poder incluir alguna declaración suya en la prensa amarilla. Maurice nunca daba un titular para un reportaje, ni motivos para ser objetivo del papel cuché. Su mundo era el arte. Cuidaba con mimo sus romances, procurando siempre no llamar la atención. Se había dejado querer en numerosas ocasiones. Como amante discreto, había regalado bombones y flores. Nunca llegó a las joyas, y no por tacañería, sino simplemente porque creía que una joya implicaba un grado de fidelidad y compromiso que él, por lo menos, no estaba dispuesto a cumplir.

Su fastuosa y millonaria colección le convertía en el más prestigioso coleccionista de arte europeo. El gobierno francés, temeroso de que su patrimonio saliera del país, le había nombrado miembro de la Legión de Honor.

Maurice había estudiado en la Escuela Alsaciana de París, donde había aprendido latín, griego, chino, ruso, español y alemán. A los

doce años entró en el Instituto Le Rosey, en Suiza, situado a la orilla del lago de Ginebra. Era un internado elitista que se conocía mundialmente como «colegio de los reyes». En el mismo centro estudiaron el rey Balduino de Bélgica, el sha de Persia, el rey de España, Rainiero de Mónaco y el hijo de John Lennon. Maurice Rémy, además de diplomarse en Arte, lo hizo en Finanzas y Comercio Internacional por la Universidad de Boston.

Mientras volaba a París, volvió a sentir la mirada inquietante de Jesús. Pero no fue su mirada lo que impulsó el deseo de hacerse con la obra. Fue la bola de luz que Jesús tenía en las manos. Cuando compró el cuadro en una subasta celebrada en Berlín, sus ojos se quedaron fijos en las luces acuosas que encerraba en su interior. Unas luces que, sin poder explicárselo, quería poseer.